



10 de noviembre de 1878

LA OBEDIENCIA COMPLETA

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Me parece que antes de mi partida habíamos empezado a hablar de varias virtudes. Hay una por la que me culparía si no fijo vuestra atención en ella, aunque todo lo predica en la vida religiosa. Es la virtud más necesaria, aquella que más debemos practicar para ser religiosas: ya lo habéis dicho, es la obediencia.

Sabéis que con gusto volvemos, especialmente cuando somos mayores, a los primeros tiempos de nuestra vida. La Congregación se ha fundado cuando sólo unas cuantas estábamos juntas, en una obediencia tan estrecha, tan continua, tan extrema, que tal vez excedía los límites de la discreción por parte de los que la mandaban. Pero gracias a esto se fundó la Congregación.

Cuando nos decían que no dijéramos esto o aquello, incluso en confesión, no lo decíamos (eso era exagerado, no estoy diciendo que ahora se haga lo mismo); pero cuando nos preguntaban: "¿De qué os habéis confesado la semana pasada?" Lo decíamos con la mayor sencillez. Cuando se nos ordenaba hacer tal o tal cosa, que era absolutamente contraria a la que habíamos hecho la semana anterior, la hacíamos. "Esta semana, hijas mías, vais a comentar los salmos." En el mundo no sabíamos cómo hacer estos comentarios sobre *Feliz el hombre que no sigue el consejo de los impíos, el Por qué se amotinan las naciones, el Señor, cuántos son mis enemigos*¹ pero no se hacía ni se admitía ninguna objeción.

Recuerdo que un día la pobre madre Marie-Gonzague, que entonces solo tenía diecisiete años, comenzó a llorar, porque le parecía que este comentario estaba por encima de su capacidad. Todas nosotras lo consideramos una falta extraordinaria. Intentábamos comentar el salmo indicado, bien o mal.

La semana siguiente era: "Hijas mías, esto no puede continuar así, os convertiréis en pedantes, vais a estudiar el catecismo y no haréis nada más." Y embargo se trataba de personas que tenían veinte, veintitrés, veinticinco años, de personas a las que Dios había llamado a la vida religiosa, que venían de familias en las que habían tenido su educación, su instrucción, su vida independiente, pero nunca se hizo ninguna objeción. La obediencia era la razón suprema.

Por esto se ha fundado la Congregación. Si sólo una hubiera dado una razón, incluso justa y legítima, si hubiera querido moderar su obediencia, el vínculo se desataría, estas cinco personas no hubieran permanecido juntas, la obra de Dios se habría destruido.

¹ Sal. 1 *Beatus vir*; Sal. 2 *Quare fremuerunt gentes*; Sal. 3 *Domine quam multiplicati sunt...*

No teníamos ni idea de ello, no mirábamos las consecuencias: ¿cómo las habiéramos previsto? Solo mirábamos que queríamos obedecer lo más perfectamente posible.

Si cada una de vosotras, hermanas, quiere ser verdaderamente hija de esta Congregación, ¡es necesario que sea su carácter de una obediencia generosa, que no conozca objeciones! Una de las grandes pruebas de la obediencia, una prueba en la que a veces encuentro que las almas son más débiles, es en el cambio de superiora. Las superioras no tienen todas el mismo carácter. Ved aquí a una superiora sencilla, tímida, muy humilde, que no pronuncia nunca *yo* ni *mí*. Puede que esto no esté exento de inconvenientes. Tal vez ella tenga menos autoridad, no con las religiosas, pero puede ser que en el internado haya más descuidos, menos energía, menos firmeza. No se dan todas las cualidades necesarias para el gobierno. Es reemplazada por una persona de carácter más decidido, más impositivo, más firme. Pero todo el mundo tiene los defectos de sus cualidades, es una ley general a la que nadie puede escapar. Esta superiora tiene cualidades de inteligencia, de firmeza, pero el *yo* aparece, puede que no sea para decir: "Siempre lo hago bien", lo que sería algo muy malo, sino para decir: "*Yo estoy* de acuerdo en que se haga así... *Yo apruebo* esto...*Yo no estoy* de acuerdo.» Y ya están las religiosas afligidas y desconcertadas: "¡Dios mío! ¡Nuestra anterior Madre era de esta manera, era de ésta otra! La obediencia es difícil... ¿Cómo podré ir con ella?... ¿Contarle mis faltas?... Me será imposible conseguir ayuda... ¿Qué será de mí? ..." Todo esto es infantilismo, debilidades. Si hubierais vivido al principio, como nosotras cinco, habríais visto muchas más cosas.

Esta superiora se irá a su vez, y vendrá otra muy capaz de llevar bien una casa, que querrá hacerse cargo de todo. No digo que esto sea algo deseable- es bueno que todas las encargadas hagan su trabajo- pero estas superioras, que han pasado por todos los empleos, entran en todos los detalles. Se ocupan de los niños. Si algo falta en el altar, si las flores están mal puestas, suben al altar para arreglar las flores y las velas. El economato no va bien: se le preguntará a cada hora, a cada momento qué se debe hacer. No se harán las compras sin consultarla. Es otro cambio. Todo esto está ordenado por Dios; hace falta que vuestra obediencia se eleve. Si nos apegamos a las cualidades de la persona, a su naturaleza, a su amabilidad, a sus talentos, porque os descarga de esto o de aquello, no es una obediencia sobrenatural.

Esta es una prueba que nos espera a todas. No seré yo quien lo diga, pero no es menos cierto que tengo sesenta y un años, y madre Thérèse-Emmanuel también. La Congregación ha sido gobernada durante cuarenta años por dos personas, el día en que estas dos personas alcancen el *non plus ultra* (pongamos ochenta años) de la vida o de la actividad, por lo menos tendrán que descansar. Yo la primera, me lo digo a menudo, como les digo a las que gobiernan, que necesitan guardar en sí mismas la virtud de la plena obediencia, entera, sin debilidades. El día en que, por motivos de salud o cansancio de espíritu cesaran de mandar, es necesario que obedezcan, que den ejemplo de una obediencia plena y completa, como lo fue al comienzo.

Si las superioras tienen que hacer su examen sobre esto, hacedlo vosotras, hermanas, estableced en vosotras esta obediencia fuerte, sobrenatural, que sobrevive a todo, que conserva la Congregación. Ahora que somos trescientas, necesitamos que el lazo no se deshaga lo mismo que cuando solo éramos cinco. Sobre la obediencia de cinco personas se ha fundado la Congregación; obediencia a cosas que a menudo carecía de sentido común, cuyos rasgos vuelven a veces a mi memoria, y con lo que a os divierte a veces. Pero, en fin, fue la obediencia lo que fundó la Congregación.

Seréis trescientas, cuatrocientas: pero siempre se debe encontrar entre vosotras esta virtud de la obediencia, esta fidelidad que no ve más que la voluntad de Dios, que ciega su sentido propio allí donde Dios no es ofendido. Cuando hacíamos los comentarios

de los salmos, cuando la hermana Marie-Augustine cocinaba mal, Dios no se ofendía. Ciertamente no era la razón la que gobernaba. Las cosas que sucedían no eran razonables. Era un cambio perpetuo de impresiones, de devociones, de pensamientos diferentes que se entrecruzaban; pero por nuestra parte fue una obediencia perfecta sin objeciones.

¿Sabéis cómo esta sinrazón puede volverse razonable? No ha habido santo en la tierra que haya sido sea más dulce, más razonable que san Francisco de Sales. Acordaos que cuando quiso decidir la vocación de Santa Juana de Chantal, le dijo: *¡Bien! Hija mía, ya sé lo que tengo que hacer contigo. Tienes que entrar en Santa Clara. - Padre mío, estoy lista. - No, no eres lo suficientemente fuerte. Tienes que ser hermana del hospital de Beaune. - Lo que quiera, padre. - Esto no es lo que quiero todavía, hija mía; tienes que ser carmelita. - Estoy lista para obedecer, Monseñor.*

No digo que se pueda hacer esto con todo confesor. Santo Tomás de Aquino, San Agustín, San Alfonso de Liguorio y otros santos sacan expresamente de la obediencia la elección de un estado de vida. Debemos elegir nosotras mismas a la luz de Dios, y no se debe comprometer toda la vida por obediencia. Así que, cuando los padres desean que os caséis, no tenéis obligación de obedecer. Santo Tomás de Aquino, San Alfonso de Liguorio dicen que es algo excepcional.

Pero Santa Juana de Chantal tenía unas relaciones diferentes con San Francisco de Sales. Tenía en él la confianza más absoluta, le reconocía una santidad extraordinaria, le había hecho un voto particular de obediencia. Cuando la vio tan flexible, tan preparada para cualquier cosa, le dijo: *No, hija mía, quiero otra cosa para ti;* y entonces le manifestó el plan que tenía para su Instituto. Así es como el hombre más sabio ha querido asegurarse de que esta alma no tuviera voluntad propia, que estuviera sin ataduras y sin deseos.

Después, en una cosa pequeña, faltó santa Juana de Chantal una vez a la obediencia, y lo lamentó toda su vida. Conocéis como yo esta historia. Sin embargo, os la repetiré, da idea del grado en que una superiora local² debe obedecer a su superiora general y una encargada a su superiora jerárquica. Ocurrió durante la profesión de santa Juana de Chantal y de sus primeras compañeras. El señor presidente Favre había prometido en ese día un presente para el altar. Pero, como aún no lo había dado las hermanas persuadieron a la santa emplear, para la decoración de la capilla, cuatro o cinco monedas de oro que estaban en el cofre que San Francisco de Sales había destinado a las necesidades de los enfermos. Alegaron que esto no sería faltar a la obediencia, ya que serían reemplazadas tan pronto como el presidente Favre hubiera pagado. Insistieron tanto que la buena Madre condescendió a su deseo.

Pero desde que se hizo, ese pequeño grano de arena comenzó, dijo Madame de Chauzy, a perturbar el ojo claro y limpio de su conciencia. Desde esa noche, informó al bienaventurado mediante una nota. Él vino al día siguiente por la mañana al monasterio; tenía un aspecto muy serio y dijo, mientras se le acercaba: *Hija mía, esta es la primera desobediencia que me has hecho; pasé una mala noche, por el disgusto que tenía.* Se arrepintió tanto la digna Madre que al santo le costaba mucho consolarla, y que toda su vida, al recordar esta falta, tenía lágrimas en los ojos.

Sabéis que los monasterios separados dependen del obispo de un modo que no es el de los monasterios con superiora general. Estas congregaciones dependen de Roma, y cada monasterio depende del centro. La obediencia de santa Juana de Chantal a san Francisco de Sales era, por tanto, como la de una superiora local con relación a una superiora general.

No entro en la esencia de la virtud, cada una de vosotras tiene entre sus manos tratados sobre esta materia. Buscad por vosotras mismas cómo podréis establecer en

². "Superiora particular": expresión empleada por madre María Eugenia

vosotras la obediencia de la manera más perfecta posible. Cómo podéis eliminar todo obstáculo, toda observación, todo juicio de la mente, cualquier movimiento que se oponga a la perfecta obediencia. Cómo, si estáis lejos, podéis depender siempre de la Casa Madre. Cómo, si cambiáis de superiora, permaneceréis en el camino, en la mirada de fe que ve siempre el signo de la autoridad de Jesucristo y no a la persona.

Dondequiera que estéis, ved esta autoridad, en las encargadas, en cualquiera que os mande, con espíritu de fe y generosidad. Este es el mérito de la obediencia. Esto es lo que la hace virtud tan grande. Los santos dicen que ella establece y nutre a todas las demás. Si falta, ninguna puede reemplazarla. Si es imperfecta, si va acompañada de quejas, observaciones, gemidos y desconsuelos, es una obediencia débil, sólo es una apariencia de virtud. No desobedecemos, no salimos completamente de la dependencia. Pero, lo que sería más agradable a Dios, lo que le daría más gloria, lo que sería una virtud, ya no es. No se sale del voto; pero no se está en la virtud.

Pronto meditaréis los misterios de Jesús Niño. Que vuestra alma se adhiera a él. ¡Mirad cómo nuestro Señor ha obedecido, en tantas circunstancias, a tanta gente! Cómo ahora obedece a cualquier sacerdote que sube al altar, ¡no menos a uno que a otro! El cura de Ars ha subido al altar, el padre Jacinto también subió allí: nuestro Señor ha obedecido en ambos casos. San Francisco de Sales subió al altar, también subió Lutero. Cuando, después de su apostasía, continuó celebrando los sagrados misterios, nuestro Señor siempre obedeció a su palabra como a la de un santo.

Esta obediencia, siempre subsistente y vivificante, es el medio por el que recibís los sacramentos, la fuerza de vuestras almas, vuestro consuelo a la hora de la muerte. Si nuestro Señor no obedeciera más que al que lo merece, ¿Quién os aseguraría que habéis recibido la comunión, que habéis sido bautizadas, perdonadas? Nuestro Señor no ha hecho excepción a su obediencia. Instituyó la autoridad, los superiores, el gobierno, y quiere que vuestra obediencia sea sencilla, sin excepciones.

No tenéis que ser como esta persona, un poco loca, por cierto, que decía: "No me gusta este cura, hace demasiados movimientos; es español, no sé si ha pronunciado bien las palabras de la consagración; no comulgaré en su misa." Comenzaba otra misa: "Este parece disipado. - Este parece demasiado viejo..." Y a veces oía ocho misas sin comulgar. - No debéis ser así en la obediencia. Os reís. Pero a menudo hacemos esto mismo cuando, antes de reconocer a nuestro Señor y de ir a él, hacemos tantas objeciones en las cosas de obediencia.

Lo digo por las hermanas que se marchan, lo digo por las que se quedan. Que vuestra fuerza esté en una obediencia sobrenatural, constante, apoyada en Dios. Que de esto nunca nos separemos y que nos adhiramos siempre a esto.